

PARÍS, 15 de Julio de 1851.

Muy señor mío: Los graves sucesos ocurridos en los últimos quince días serán causa de que me alargue hoy algo más de lo que tengo de costumbre.

El primero de estos sucesos por su fecha, si no por su importancia, es la serie de viajes del Presidente, cuyos pormenores conoce Ud. por los periódicos. En el Poitiers fué recibido con muestras evidentes de descontento; en el de Beauvais con señales inequívocas de alegría. Los discursos en ellos pronunciados por Luis Napoleón, si bien mesurados y discretos en la forma, han sido, considerados, en la esencia, otros tantos programas de su candidatura. El Presidente vacila en cuanto á saber cuál camino le conviene seguir; pero sería intento vano buscar ni en sus palabras ni en sus acciones la menor vacilación ni la más ligera incertidumbre acerca del término de su viaje. Cuando denuncia ante la Francia á la Asamblea, cuando entrega á la pública execración las intrigas de los partidos monárquicos, no hace ninguna de estas cosas sino porque cree que, haciéndolas, se hace popular entre las muchedumbres. Cuando vuelve de súbito hacia atrás, y halaga á la Asamblea, y recuerda los grandes hechos de la antigua Monarquía, no hace esto sino porque, haciéndolo, cree reconciliarse á los hombres que le son contrarios y á los partidos que le son hostiles. Por cualquier lado y en cualquier ocasión que usted mire al Presidente, observará siempre en él la misma vacilación en cuanto al medio, y la misma firmeza en cuanto al propósito. Este rasgo es el rasgo característico de su fisonomía, y el que, si puede decirse así, individualiza su carácter.

— 477 —

El segundo suceso importante ocurrido en estos últimos días, es la visita hecha por los señores Berryer, Saint Priest y Benoist d'Azis á la viuda y á los hijos del último Rey de los franceses. Lo que allí pasó nadie lo sabe aún de positivo, sino los interlocutores; sin embargo, desde luego puedo asegurar á Ud. estas tres cosas: la primera, que aquellos señores no fueron á Clermont sin negociaciones previas; la segunda, que el objeto de la visita fué exclusivamente, político, y la entrevista, política exclusivamente; y la tercera, que por una y otra parte hubo grandes muestras de buena voluntad, sin que á pesar de ello esa buena voluntad mutua produjera un resultado completo y definido.

El tercero entre los sucesos trascendentales, es el dictamen que la Comisión respectiva ha presentado, por una parte y por conducto de M. de Tocqueville, acerca de la revisión de la Constitución; y por otra parte y por conducto de M. de Melun, acerca de las peticiones concernientes á esta materia. Ambos dictámenes son contrarios al Presidente: el relativo á las peticiones, porque se fija en él la atención sobre todo en los manejos reprobados de las Autoridades; y el relativo á la revisión, porque en él se declara que todo intento de hacer prevalecer la reelección popular del Presidente contra un voto de la Asamblea contrario á la revisión, debe ser considerado como atentatorio y subversivo del orden. Con estos dictámenes ha venido á coincidir una grave resolución del Consejo de Estado sobre la misma materia: ocupado en redactar una ley de responsabilidad, aplicable á todos los agentes de la autoridad pública, el Consejo ha resuelto que uno de los casos en que el Presidente incurrirá en responsabilidad será cuando intente sobreponerse al artículo de la Constitución que impide su reelección inmediata.

Si se examinan estos sucesos en conjunto, después de haberlos examinado de por sí y separadamente dan materia á graves y desconsoladoras consideraciones. De ellos resulta que nada es aquí comparable á la perseverancia de los partidos y



de los hombres, sino su radical impotencia. El Presidente sabe que tiene el propósito firme de perpetuarse en el poder; pero ignora cómo ha de obrar para perpetuarse. El partido legitimista sabe que quiere la restauración de la Monarquía verdadera, pero ignora cómo ha de obrar para restaurarla. El partido orleanista quiere lo que siempre quiso: una Monarquía rodeada de instituciones republicanas, y no sabe cómo ha de evitar el caer, por poco que se incline á un lado, en la verdadera República, y por poco que se incline á otro, en la Monarquía verdadera. La mayoría de la Comisión que informa sobre la revisión no la quiere, y la propone; la propone, y sabe que ha de ser desechada por la Asamblea; esta mayoría es monárquica, y, sin embargo, propone un dictamen que ha de ser desechado, y que, siéndolo, según su propia declaración, deberá entenderse por todos que la República recibe una nueva consagración por parte de los representantes del pueblo.

Para que todo sea confusión, y despropósito, y desorden, los que nunca profesaron el dogma de la Soberanía Nacional sostienen hoy que esta Soberanía inenajenable, es superior y anterior á todas las Constituciones, mientras que los que abrieron hondas brechas en la Monarquía en nombre de la Soberanía Nacional proclaman hoy contra la Soberanía Nacional el derecho divino de la República. Si en los primeros siglos de la Creación la confusión de las lenguas produjo la confusión de las ideas, ahora parece que la confusión de todas las ideas va á dar por resultado la confusión de todas las lenguas.

Lo más singular de todo es que, en medio de este juego de azar que todos juegan, todos pierden y ninguno gana. El Presidente es hoy menos popular que antes: el partido orleanista está más disuelto que nunca: el legitimista, que comenzaba á orientarse, se da á sí mismo ya por desorientado. Aquí nadie sabe ya adónde va, y todos, impíos y cristianos, dan una misma respuesta á los que se lo preguntan: todos callan, todos se encogen de hombros, y todos maquinalmente ponen los ojos en el Cielo.

El mundo no ha visto jamás, amigo mío, un espectáculo semejante; y si pudiera haber algo absolutamente nuevo debajo del sol, lo sería, sin duda, el espectáculo que ofrece la Francia, compuesta de monárquicos que no pueden fundar una Monarquía, y oprimida bajo el peso de una República que para su defensa no tiene republicanos. Yo no sé, amigo mío, quién impide que vuelva la Monarquía, ni quién impide que salga la República: pero el hecho es que ni la una sale, ni la otra viene. Tal vez el secreto de todo está en este magnífico pensamiento de Bossuet, que recuerdo perfectamente, aunque no estoy seguro de recordar sus mismas palabras:—“Cuando Dios quiere obrar, reduce á todos á la impotencia... y luego obra.”

Ayer comenzó en la Asamblea la discusión sobre la revisión, tan llena de tristes augurios y tan preñada de tempestades. Las tribunas estaban henchidas de gente, y los que henchían las tribunas contenían el aliento, y no osaban respirar temerosos de alguna catástrofe; por fortuna la catástrofe no vino, el temor se disipó, las gentes comenzaron á respirar con desahogo, y la discusión corrió mansamente, sin que nada ni nadie precipitaran su curso. El Presidente de la Asamblea debía de participar, sin duda, de aquellos temores cuando se creyó en el caso de deber abrir la discusión con un discurso solemne, porque estaba escrito, en que recomendaba á todos templanza y mesura. Parece, sin embargo, que en la noche anterior había habido un acuerdo entre los de la Montaña para no turbar con apóstrofes ni interrupciones el debate, por creer, y no sin razón, que con esta táctica adelantarían grandemente sus negocios; el hecho es que, con admiración de todo el mundo, no hubo ni apóstrofes brutales, ni interrupciones violentas. M. Pagés hizo la apología de la República en un mal discurso: M. de Falloux hizo el elogio de la Monarquía hereditaria en un discurso bellissimo: M. de Mornay se declaró el campeón de la Monarquía nacional vencida en Febrero, digna por cierto de campeón más ilustre: por último, el general Cavaignac sostuvo el principio de la República sa-



grada é inviolable como lo es el Rey de una Monarquía constitucional, y lo hizo con una convicción profundísima, y á veces una elocuencia varonil que hizo honda sensación en su auditorio. El discurso del General es, en mi opinión, el más notable entre todos los pronunciados ayer, así como el General que le pronunció, es, entre todos los hombres que han dado muestras de sí después de la revolución de Febrero, el más eminente ó el solo eminente.

Hoy continuará la discusión comenzada: si ocurriese en ella algo notable, se lo escribiré á Ud. en esta misma carta.

De Ud. afectísimo S. S. Q. S. M. B. ,

JUAN DONOSO CORTÉS.

---

PARÍS, 1.º de Agosto de 1851.

Muy señor mío: La discusión sobre la revisión de la ley política que rige á la Francia ha sido un suceso para siempre memorable por la luz que derrama sobre el estado político y social de esta nación en lo presente, y por lo que permite adivinar acerca de los varios sucesos por los que ha de pasar en lo futuro.

Tres grandes sistemas han combatido aquí por la dominación: el sistema republicano, el constitucional, y el que consiste en la Monarquía apoyada en las tradiciones nacionales. Fué el campeón del primero M. Michel (de Bourges); hizo la apología del segundo M. Odilon Barrot; pronunció el elogio fúnebre del tercero M. Berryer. El resultado de este gran duelo ha sido el triunfo del primero sobre los otros dos, ó lo que es lo mismo, la consolidación de la forma republicana. Y

no porque la elocuencia no haya estado de parte de los vencidos: al revés; M. Odilon Barrot ha pronunciado en defensa de la Monarquía constitucional el más bello de todos sus discursos, y M. Berryer el más elocuente de todos sus himnos, sino porque todas las corrientes magnéticas de esta sociedad son á la hora presente republicanas. La República no es una institución arbitraria ni accidental; es la consecuencia lógica, invencible, del gran silogismo que comenzó á plantearse en 1789, y que muestra hoy su consecuencia después de haber asentado sus premisas. La unidad maravillosa de la Revolución en todas sus transformaciones sucesivas, y la necesidad de negarla con una negación absoluta, ó de aceptarla en todas sus varias manifestaciones, fué demostrada hasta la evidencia por el orador de la Montaña.—Vosotros no aceptáis de la Revolución sino su principio,—decía á los legitimistas—Vosotros no aceptáis de ella sino la mitad—decía á los constitucionales; la Revolución, empero, es una ó no es nada; queréis servir á un mismo tiempo á la Monarquía y á la Revolución, á lo pasado y á lo futuro, y no pertenecéis en realidad ni á la Revolución ni á la Monarquía, ni á lo futuro ni á lo pasado.— Toda la discusión está en este argumento, y este argumento es invencible.

Todas las fracciones del llamado *gran partido del orden*, y que ni comprende las condiciones del orden, ni es un partido, ni es grande, están, por otra parte, constituidas en una posición falsa, contradictoria é insostenible. Si se exceptúa monsieur Odilon Barrot, que está realmente aterrado por lo que el porvenir tiene de sombrío, ninguno de los que se oponen á la prolongación de los poderes presidenciales, al dar su voto favorable á la revisión ha formulado un voto de conciencia. Ninguno, entre cuantos han protestado de su resolución firmísima de sostener contra la candidatura inconstitucional del Presidente el imperio de la ley, está decidido, llegado el caso, á sostener este imperio. Los pensamientos van por una parte, las palabras por otra, y por otra las acciones.



En medio de esta confusión, no quedan más que dos personajes en pie: Luis Bonaparte y la Montaña; ni más que dos cosas posibles: una nueva revolución y la Dictadura. Los partidos monárquicos á nada pueden aspirar sin entenderse, y no se entienden. Los legitimistas votarían con gusto la candidatura á la Presidencia del príncipe Joinville si el Príncipe se comprometiera antes á traer después á Enrique V; pero el Príncipe se niega á contraer compromiso alguno. La familia de Orleans estaría dispuesta á la fusión si los legitimistas comenzaran por abrogar la ley que la condena al destierro; pero los legitimistas se niegan á la abrogación de la ley si la familia de Orleans no se compromete antes á reconocer y servir á la Monarquía legítima. El general Changarnier pudiera ser el candidato en común hasta que se orillarán estas dificultades; pero, por una parte, el General ha caído mucho en la opinión pública por su conducta en estos últimos tiempos, conducta apasionadamente rencorosa, y, por otra parte, su nombre no es conocido de esas muchedumbres á quienes el sufragio universal ha dado el imperio.

La desgracia, que tiene la secreta virtud de dar fortaleza á los partidos políticos que nacen, es un agente poderoso de disolución en los partidos que mueren: por eso los partidos monárquicos van disolviéndose aquí á manos de la desgracia. De los legitimistas, unos quieren rejuvenecer á la Monarquía combinando la tradición con el elemento parlamentario; otros aspiran á transformarla obligándola á contraer matrimonio con el sufragio universal; algunos, aunque muy pocos, no la conciben sino como la han conocido en la Historia, majestuosamente asentada en grandes y heroicas tradiciones. De esta división en las miras procede una división análoga en la conducta. Por eso hay legitimistas que preferirían á todo una transacción con la familia de Orleans, mientras que otros se inclinan visiblemente del lado de la Montaña; y algunos, aunque menos en número, no se inclinan á ningún lado, quedándose sin acción y sin movimiento.

Esto por lo que hace al partido legitimista. Por lo que hace al orleanista, éste, como en otra ocasión he dicho á Ud., se afirma en frágil apoyo: la clase media, que le sostiene, es egoísta y medrosa; si pudiera dirigir los acontecimientos con su voluntad, pondría en el trono al conde de París; pero, pronta á consagrar su voluntad al orleanismo, es tibia en ofrecerle su brazo; antes que todo y sobre todo, lo que necesita esta clase es que no se paralice el comercio y que no se estanque la industria; esta clase es, naturalmente despreciadora de los principios abstractos y amiga del hecho victorioso: si la República le da la paz, en su inmensa mayoría será republicana; si Luis Bonaparte conserva el orden material, será Bonapartista; si el general Cavaignac reprime la insurrección, se mostrará dispuesta á apoyar la dictadura del general Africano. Los orleanistas confían, sin embargo, en las grandes poblaciones, en donde esta clase es la que prepondera, así como los legitimistas tienen puesta su esperanza en las poblaciones rurales.

Entretanto el tiempo vuela, y la Francia se encontrará dentro de algunos meses en una situación que no tiene analogía con ninguna de cuantas en los tiempos más borrascosos y miserables ha presenciado la Historia. La revisión legal fracasará la segunda y la tercera vez, como ha fracasado la primera. La Montaña permanecerá inmóvil á pesar del torrente de peticiones revisionistas que va inundando la Tribuna y la Asamblea, y su inmovilidad hace imposible el intento de quitar á la prorrogación de los poderes presidenciales el obstáculo invencible que encuentran en el texto de la ley. En el mes de Mayo de 1852 la situación de la Francia será ésta: la autoridad del Presidente estará para expirar, y la de la Asamblea expirando. Todos los vínculos de la Administración se aflojarán por sí solos; los empleados volverán la espalda á los poderes que acaban, y pondrán sus ojos en las urnas electorales para adivinar el misterio que la Esfinge popular tiene escondido en sus urnas: lo cual quiere decir que treinta y seis



millones de franceses estarán sin Gobierno. En esta ausencia total de un Gobierno cualquiera, saldrán de sus casas para crear un Gobierno diez millones de hombres: de estos diez millones, siete reclamarán su derecho exclusivo de votar en nombre de la ley de 31 de Mayo, y los otros tres reclamarán con las armas su participación al mismo derecho en nombre de la Constitución, que ha hecho del sufragio universal una cosa santa é inviolable.

Jamás los hombres han visto, ni verán, ni pueden ver, ni imaginar siquiera, semejante confusión y semejante tumulto. La previsión humana es aquí de todo punto inútil, ni hay ojos que alcancen á ver cosa alguna en esas tinieblas palpables. La opinión general es, sin embargo, y ha sido siempre, que Luis Bonaparte saldrá victorioso de esta confusión y de este conflicto, y que él sólo sobrevivirá á este diluvio. Yo he sido siempre y soy ahora, á pesar de todas las probabilidades, de una opinión contraria. Y no porque yo crea que no ha de ser reelegido; al revés, creo que su reelección es indudable, sino porque tengo por cierto que su victoria será el presagio de su caída. La certeza de su reelección se funda, por una parte, en que su nombre es el único que pronuncian y el único que saben las muchedumbres, y por otra, en el terror que comienza ya á sobrecoger á los partidos monárquicos, y que los obligará á todos á agruparse á su rededor como Generalísimo del ejército del orden. Un testimonio claro de la existencia de este terror es la elección de la Comisión permanente que ha de velar por el público reposo durante la prorrogación de la Asamblea; esta Comisión, nombrada por la mayoría conservadora, es benévola al Presidente de la República; en su elección, todos los partidos monárquicos han demostrado á las claras que buscaban en el Presidente un refugio, y que ponían en olvido, apremiados por circunstancias formidables, sus rencores y sus odios. La certeza de su caída nace para mí de estas gravísimas consideraciones: siendo reelegido el Presidente, lo será contra la ley; siendo elegido de esta manera, pondrá la

legalidad de parte de la Revolución, y jamás se ha verificado que sucumba una revolución teniendo la legalidad de su parte. La Historia me enseña una verdad pavorosa, porque me enseña que la legalidad hace á las revoluciones invencibles, mientras que, al revés, á los Gobiernos legítimos los hace más vulnerables. Yo he visto á muchos Gobiernos sucumbir sin que sea poderoso para defenderlos el escudo endeble de la ley: no he visto ni tengo noticia de que haya existido jamás una revolución que no haya sido invencible defendida por ese escudo: esa conjunción de la Revolución y de la legalidad, de la fuerza moral y de la revolucionaria, es siempre funesta. Hay más todavía: mientras que los Gobiernos legítimos sucumben, teniendo por sí una legalidad indisputable y clara, las revoluciones, para ser invencibles; no necesitan sino de una legalidad dudosa. Una legalidad dudosa dió la victoria en Francia á la revolución de 1830, y en 1848 no ha necesitado para triunfar de legalidad de ninguna especie. Una interpretación absurda de un artículo constitucional dió su fuerza invencible á la revolución en España en 1840: sin el pretexto de que la ley municipal hecha en Cortes era contraria á la Constitución, jamás se hubiera atrevido el general Espartero á cometer una violencia y á hacer una revolución, por mucho que la hubiera deseado. En vista de estos ejemplos, me creo autorizado para afirmar que el Presidente de la República sucumbirá ante la revolución si tiene la desgracia de ser reeligido. Yo no he debido, sin embargo, ocultar á Ud. que la común opinión de todos los hombres políticos es aquí contraria á la mía. Usted; con su inteligencia superior pesará en su justa balanza estas varias probabilidades y estas contrarias opiniones.

Resumiendo mi manera de pensar, concluiré esta carta por manifestar á Ud., lo primero, que no creo posible ninguna restauración; lo segundo, que creo asegurada la República; lo tercero, que me parece indudable que la revisión legal de la Constitución no podrá llevarse á cabo; lo cuarto, que no tengo por dudosa la reelección inconstitucional del Presidente de



la República; lo quinto, que, reelegido el Presidente, tendrá que habérselas con la Revolución y que sucumbirá en esta lucha; y, por último, que, cuando estas cosas hayan sucedido, comenzará para la Francia, y aun para la Europa, una nueva época revolucionaria de peor especie y más peligrosa que todas las anteriores.

De Ud. afectísimo S. S. Q. S. M. B.,

JUAN DONOSO CORTÉS.

---

PARÍS, 15 de Agosto de 1851.

Muy señor mío: Todas las tendencias que he señalado á usted en mis anteriores se van desenvolviendo progresiva y rápidamente, hasta el punto que hoy es ya posible formar un juicio, si no completo del todo, acertado en parte á lo menos, del estado de las cosas públicas en Francia. La tendencia manifiesta de todos los sucesos es abatir y disolver todos los partidos, y humillar todas las barreras que se levantaban entre Luis Bonaparte y la Revolución. La confusión de las cosas públicas, las tinieblas en que estaban envueltos los designios de la Providencia sobre este pueblo, desventurado á un mismo tiempo y grande, procedían principalmente de la multitud de elementos que era menester tener presentes para calcular qué soluciones eran posibles, y qué soluciones, entre las posibles, eran probables; porque, por un lado, estaba el bonapartismo, que, dueño de lo presente, aspiraba á serlo de lo futuro; por otro, el orleanismo, que aspiraba á convertir lo futuro en justo medio entre lo presente y lo pasado; por otro, el legitimismo,

que aspiraba á la restauración de las antiguas tradiciones; y, por último, la Revolución, preparándose siempre para nuevas empresas y para nuevas hazañas. Usted conocerá fácilmente cuán difícil era en semejante situación aventurar un cálculo y formular una opinión sobre los tiempos venideros.

Hoy, empero, las cuestiones se van simplificando, y por lo mismo esclareciéndose. El partido legitimista, que dejé en estado de disolución en mi carta última, está hoy completamente disuelto; tres son sus órganos en la prensa periódica: *La Unión*, *La Opinión Pública* y *La Gaceta de Francia*; cada uno de ellos echa por diverso rumbo, y va por diverso camino: *La Gaceta de Francia* quiere una Monarquía apoyada en la democracia; *La Unión* la quiere apoyada en el Parlamento, y *La Opinión Pública* se separa de *La Gaceta* por los principios, y de *La Unión* por la conducta. Todas estas discordias, en otro tiempo latentes, han estallado con estrépito en estos últimos días. La reunión legitimista de la calle de Rívoli se ha dividido en bandos, y á la hora en que escribo puede afirmarse que el partido legitimista no existe: de los que le componían, unos buscan un candidato presidencial y no le encuentran; otros, y son los más, buscan en Luis Napoleón un puerto para su refugio.

El partido orleanista lleva en su seno el germen de una disolución inmediata. Inmediatamente después que escribí á usted mi última, comenzó á resonar por los salones, y luego por los periódicos, una nueva candidatura para la Presidencia: la candidatura del príncipe de Joinville. Esa candidatura, no rechazada por el Príncipe, es una abdicación verdadera y tristemente lamentable. Cuando los hombres que tienen la honra y la dicha de ser individuos de una familia de Reyes ceden al mal consejo de vestir la humilde túnica de los candidatos, y de presentarse con ella, á la manera de los antiguos gladiadores, para recibir los aplausos de las muchedumbres, las familias reales están de todo punto perdidas. La familia de Orleans, que ha tenido á menos inclinar la frente ante el jefe augusto de su